

Jerry Toner: Mundo antiguo

Madrid: Turner Publicaciones S. L., 2017, 178 pp.

Las líneas de investigación sobre el mundo antiguo se renuevan una y otra vez a medida que surgen nuevas interrogantes sobre el modo de vida de los antiguos griegos y romanos. Ayudados de las fuentes clásicas ya conocidas y recurriendo a los aportes de la epigrafía, la numismática, la antropología y la ciencia médica podemos descubrir ese “otro mundo antiguo” que existió más allá del Coliseo y el Partenón, mostrándonos un mundo clásico diferente. Ese es el propósito de Jerry Toner en *Mundo Antiguo*, libro que, si bien está orientado al público general, también puede ser considerado un llamado de atención a los interesados en el mundo clásico, advirtiéndose que este no puede reducirse a las grandes obras filosóficas, literarias o arquitectónicas que han llegado hasta nosotros ni tampoco circunscribir la Antigüedad a los alrededores del Mar Mediterráneo.

En el primer capítulo (“Un mundo antiguo distinto”), el autor se enfoca en describir lo que hoy llamaríamos calidad de vida en el mundo antiguo. Describiendo los olores a fecas y cadáveres incinerados a la entrada de Roma, Toner nos advierte que “tendríamos que reeducar nuestros sentidos para empezar siquiera a experimentar el mundo como lo hacían en la Antigüedad” como es el caso de la lectura que, siendo inaccesible para la mayoría de la población porque la educación

era costosa y los hijos se usaban para el trabajo, se hacía en voz alta y en público. La fuerte desigualdad era característica de estas sociedades, donde la riqueza se medía en tierras y bienes que la gente común y corriente no podía adquirir. Estas personas vivían con lo justo, en un límite muy delicado que los separaba de la miseria y recurriendo a algún oficio que ofreciera asegurar su supervivencia. En cuanto a temas de género y demográficos, la esperanza de vida era baja y la mortalidad infantil alta. Los hombres se casaban con mujeres menores y tenían hijos que aseguraban para mantener la estabilidad de la población. La sociedad se componía de forasteros, marginales y esclavos en los que recaían desde malos tratos, como la tortura, a tratos más benevolentes. Sobre los extranjeros, Toner realiza una generalización del mundo griego, caracterizándolo como sociedades cerradas hacia los extranjeros –basta mencionar el caso de Atenas, que estableció diversas categorías de integración hacia los extranjeros, incluso dando en algunos casos la ciudadanía– mas no así con el mundo romano, que producto que la expansión del Imperio, se insertaron una diversidad de identidades en este, que a su vez adaptaban el modelo cultural romano.

La religión era diversa, “un gran mundo religioso”, donde las personas podían recurrir al dios o al oráculo de su interés. La religión se encontraba presente en todos los aspectos de la vida humana, como es el caso de la medicina, pues algunos dioses tenían atributos sanadores. La salud humana tenía distintas interpretaciones y recomendaban remedios de diversa índole para sanar los males. El sexo, al igual que la religión, se encontraba presente en todas partes. La posición sexual indicaba dominio sobre el otro, la prostitución en lugares públicos y las referencias en el lenguaje cotidiano indican que el sexo eran tópico corriente en las personas del mundo antiguo.

En el capítulo dos (“El mundo antiguo visto desde abajo”), que es una continuación del primer capítulo, Toner propone hablar de la “gente corriente” de la Antigüedad, compuesta por una diversidad de identidades y apenas presentes en las fuentes clásicas, por lo que hay que recurrir a otro tipo de recursos. Al preguntarse cómo eran sus vidas, nuevamente surge el tema económico, la incertidumbre era parte cotidiana de la gente corriente, cuya causa principal era incertidumbre climática, pues podía arruinar las cosechas y en consecuencia elevar el precio de los alimentos. Un pequeño aumento en el ingreso marcaba la diferencia socialmente, por lo que valía la pena tener una vida sacrificada en vez de la pobreza.

La vida urbana se hacía principalmente en la calle, principalmente por el hacinamiento de las viviendas greco-romanas. La entretención

era una búsqueda constante en el mundo antiguo, por lo que los espacios como las tabernas, el humor como parte de la vida pública que se demuestra en los grafitis con mensajes y dedicatorias de todo tipo demuestran que los antiguos buscaban cualquier instancia para enfrentar el aburrimiento. Las relaciones familiares se basaban en el dominio del hombre sobre la mujer, de quien se esperaba una actitud sumisa y servil durante el matrimonio y el duelo. La viudez significaba la pérdida del responsable del ingreso del hogar, por lo que era común que los niños trabajaran desde pequeños, o, en el peor de los casos, fueran abandonados.

A fin de demostrar la diversidad del mundo antiguo, el capítulo 3 (“Qué, cuándo y dónde en el mundo antiguo) se centra en el periodo helenístico y en la antigüedad tardía. La expansión imperial de Alejandro Magno trajo consigo una difusión de la cultura griega en los territorios conquistados y viceversa, siendo ejemplo de ello los avances matemáticos realizados en Alejandría (con su respectiva biblioteca) y la inserción de Isis en el culto griego. Alejandro promovía la fusión de culturas, aunque desconocemos el propósito de ello, y sus sucesores tuvieron que adoptarse a las costumbres locales para mantener el control, como fue el caso de la divinización de los ptolomeos en Egipto, lo que da cuenta del cambio que trajo consigo la nueva época helenística respecto la política griega tradicional. En Roma, frente a la crisis del siglo III d.C. Diocleciano inició una serie de reformas político-administrativas a fin de poner orden en el Imperio frente a la crisis interna y externa que este vivía. Esta línea reformista fue continuada por Constantino, acompañado por un nuevo actor religioso: el cristianismo. La consolidación del cristianismo como religión oficial del Imperio llevó a fijar una institucionalización de la fe, tanto en lo material como en el dogma, al establecer, por ejemplo, la naturaleza de Cristo y la Trinidad. En consecuencia, los grupos cristianos que no aceptaron la centralización del cristianismo fueron marginados. En síntesis, un periodo considerado de decadencia en realidad tuvo una serie de innovaciones artísticas e, religiosas e intelectuales que sentaron las bases de la Europa medieval tanto en oriente (en un imperio que aún era romano) como en occidente.

En el capítulo 4 (“¿Y cómo se descubre otro mundo antiguo?”), Toner echa mano a los aportes de la arqueología y las ciencias médicas para continuar mostrándonos ese otro mundo antiguo. La existencia de molinos de agua en el imperio romano quizás demuestre la necesidad de trasladar agua y moler grano a la población. Sin embargo, la falta de estudios concluyentes obliga a estudiar con más atención estas estructuras frente al problema de la generación de energía en el

mundo antiguo. Sobre los huesos humanos encontrados en Pompeya, Herculano y otros lugares se puede extraer algunos datos relativos a edad, condiciones de salud y alimentación de los individuos encontrados. Falta de esmalte dental, heridas de lucha, decapitaciones y gladiadores con una alimentación más completa que el resto son algunos datos que podemos extraer de las muestras investigadas, siempre teniendo en cuenta que son justamente una muestra de la población y no se pueden realizar generalizaciones a partir de ellas. Los restos fecales encontrados en el alcantarillado nos informan de una dieta basada en huevos, productos locales, cerdo y productos importados (pimienta y granos), y de los problemas de salud asociados al consumo de insectos contenidos en la comida y al envenenamiento por plomo contenido en el agua. El aspecto más novedoso de este capítulo es el estudio de salud mental en la antigüedad. Las investigaciones modernas en psicología pueden darnos cierta aproximación de la salud mental de los antiguos, quienes dadas sus condiciones de vida (existe una correlación entre ingreso y salud mental) y la jerarquización social, tenían un estrés cotidiano elevado y sostenido, por lo que su salud mentalmente posiblemente estuviera deteriorada. Evidencia de ello es la presencia de delirios e histeria, atribuidos a causas físicas o espirituales y tratados de diversas maneras, excepto, por supuesto, de manera psicológica.

El capítulo 5 (“Grecia y Roma: ¿eran importantes?”) retoma la línea de análisis espacio-temporal del capítulo 4 realizando una comparación-contraste entre Grecia y el Imperio Persa, y Roma y China. Sobre los primeros, el aspecto más conocido es el bélico, producto de las guerras del siglo V a.C. Si bien las guerras-greco persas marcan un hito en la formación del panhelenismo bajo el liderazgo de Atenas y la expulsión de los persas de Europa, también hay que destacar el intercambio cultural entre ambas civilizaciones. La comparación entre Roma y China se desarrolla más ampliamente. Ambos imperios lograron su expansión territorial en periodos similares y ambos sabían de la existencia del otro, principalmente a través del comercio. Roma se expandió en los alrededores del Mediterráneo, delegando la administración de las provincias a las elites locales por lo que el Estado no era una entidad centralizada. Mientras que China se expandió por los valles de los ríos Azul y Amarillo, con un Estado centralizado y administrado por más y mejores funcionarios que los romanos; militarmente el ejército se financiaba con los impuestos que permitían reclutar al campesinado libre, base de la sociedad china. La lealtad hacia el emperador (hombre de paz) disolvía la influencia de la aristocracia, cosa que en Roma no ocurría, pues los emperadores (líderes militares y jueces) entraron en confrontación con los intereses de las familias senatoriales. Un aspecto

en común entre chinos y romanos fue que ambos creían ser los mejores del mundo, tanto en lo militar como en el desarrollo de las artes y letras. Los otros eran unos bárbaros que había que excluir levantando murallas.

El último capítulo (“Una mirada clásica”) analiza las proyecciones del mundo antiguo en etapas posteriores de la historia europea. La irrupción del islam en la cristiandad europea generó visiones de la religión musulmana como pagana, adoradores de dioses greco-romanos y de sus seguidores como bárbaros, misma visión que tenían griegos y romanos frente a otros pueblos, y que alimentaba el imaginario cristiano de recuperar las tierras sagradas en manos musulmanas. Bajo el imperialismo europeo, encabezado por Inglaterra, Edward Gibbon escribe su obra tratando de comprender su momento histórico mediante la historia de Roma, a la vez que Inglaterra, y posteriormente Estados Unidos, han utilizado referencias escultóricas y arquitectónicas greco-romanas para demostrar su poderío geopolítico, como son el edificio de la Commonwealth, el monumento a Washington o incluso el memorial a los veteranos de Vietnam. Toner concluye que hay que “estudiar el mundo clásico hoy en día, pues nos permite ser conscientes del sesgo en nuestra propia mirada e intentar corregirlo”.

A pesar de su brevedad y que se ponga más énfasis en el mundo romano que en el griego, el autor logra en breves páginas acercar al lector a nuevas áreas de investigación en los estudios clásicos desde una perspectiva interdisciplinaria. Quizás al especialista ya le son conocidos la mayoría de los datos entregados, no obstante, la invitación que Toner realiza a estudiar la Antigüedad más allá de los lugares comunes, dejando de lado las distorsiones que la posteridad ha realizado y mirando el mundo antiguo desde una perspectiva espacio-temporal más amplia, no debe ser omitida tanto por los conocedores del mundo antiguo como por el público en general.

NICOLÁS VÉJAR GONZÁLEZ